

Editorial

*John Jairo Cardozo Cardona*¹

Según el *Informe sobre las Ciencias Sociales en el Mundo. Las brechas del conocimiento*, de la Unesco, publicado en 2010, las ciencias sociales aparecieron en la Ilustración, en el siglo XVII, como parte de una cosmovisión basada en los derechos humanos, el individualismo y el constitucionalismo. Concomitante con este movimiento se da en Europa el apogeo de la Revolución Industrial, del progreso y del nacimiento de las ideas liberales; lo que condicionó la producción del conocimiento en la universidad a una visión utilitarista y mercantilista, que prevalece hasta el día de hoy (Lander, 1997: 3). De ahí que la génesis de estos saberes estuviera permeada por el modelo físico matemático de Newton y Descartes, y en esta medida su paradigma de cientificidad tratara de observar a la sociedad de forma totalizante, bajo la idea (que aún persiste, de cierta manera) de que es posible atrapar las leyes objetivas que la rigen, cuestión que se plasma de forma más tangible en las filosofías y las ciencias positivistas que aún perduran.

Entendido así, las ciencias sociales nacen, “cuando el orden social dejó de pensarse como algo preestablecido por una providencia o cuando, destronada la realeza, la sociedad dudó de sus principios y distintas fuerzas propusieron diferentes formas de construir un nuevo tejido social” (Restrepo; citado por Cardozo, 2010).

En este nuevo orden se gesta la modernidad como una afirmación de la sociedad al estilo europeo y anglosajón, a espaldas del resto del mundo, usado simplemente como medio de contraste para la afirmación de los valores eurocéntricos, tales como la igualdad de género, la libertad de prensa y el derecho universal a la educación pero, al mismo tiempo, se dan los desequilibrios que provienen de los avances económicos e industriales que se dirigen a enriquecer a los más ricos en detrimento de los pobres que se van haciendo cada vez más pobres (Unesco, 2010).

El documento de la Unesco (2010: 1) parte de asegurar que las ciencias sociales pueden ser armas de “doble filo”, en el sentido de que, por su imprecisión, no han sido capaces de prever acontecimientos sociales fundamentales en la contemporaneidad, como la caída del muro de Berlín, acontecimiento que produjo uno de los quiebres sociales y culturales más importantes de la historia. Se le reclama a las ciencias sociales su fragmentariedad, su hiperespecialización y su desconexión entre sí y, sobre todo, con la realidad. Estos prejuicios hacen que se mire a las ciencias sociales como incapaces de proporcionar respuestas válidas. Sin embargo, se reconoce, por otra parte, el carácter científico de las ciencias sociales,

¹ Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Magíster en Filosofía Latinoamericana Universidad Santo Tomás, Doctorante en Conocimiento y Cultura en América Latina IPECAL/México y Docente auxiliar de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia -UNAD- Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades. Contacto: jjcc79@gmail.com/john.cardozo@unad.edu.co

Algunas de las consideraciones de este documento son una reflexión en torno al Informe sobre las Ciencias Sociales en el Mundo. Las brechas del conocimiento, publicado en 2010, y de reflexiones particulares sobre el devenir de las ciencias sociales en América Latina y el mundo. Para mayor información: Unesco (2010). Informe Mundial sobre las ciencias sociales. París: ISSC/UNESCO (2010). Resumen del Informe Mundial sobre las ciencias sociales. París: ISSC/ Lander, E., (1997). Las ciencias sociales en el atolladero. América Latina en tiempos posmodernos. *Nueva Sociedad*, núm. 150 julio-agosto, pp. 19-23. Recuperado el 28 de mayo, 2012 de http://www.nuso.org/upload/articulos/2604_1.pdf/ Castro-Gómez, S., La transformación de los saberes sociales, una reflexión “desde” los estudios culturales, *Revista identidades*, núm. 1, Bogotá: diciembre de 2003. UNAD, p. 5.

que se traduce en su pretensión de “dar una visión racional a los temas económicos, sociales, políticos y personales que solían abordarse desde las creencias personales o desde la religión”; igualmente, se reconoce que las ciencias sociales son las que iluminan las políticas del sector público.

En este mismo documento se reconoce que este tipo de ciencias tienen un protagonismo particularmente especial en la pretensión de alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Sin embargo, este aporte supone un mejoramiento permanente de las ciencias sociales y un compromiso serio y pertinente en el abordaje de problemáticas esenciales para los seres humanos y la sociedad de hoy: desigualdades que dificultan el acceso al conocimiento, brechas en la investigación, la desigual producción de materiales escritos, las disparidades en las capacidades, la brecha interdisciplinaria y la falta de respuesta a las necesidades del mercado, la educación y la sociedad.

Es posible que uno de los mayores retos de las ciencias sociales (y ahí de su cambio), es que muchas de ellas no pudieron dar cuenta plena de los procesos complejos de la sociedad en el mundo actual, en el cual el fenómeno de la globalización pone en duda los cerrados límites de las disciplinas. Es solo en ese momento cuando el debate sobre la interdisciplinariedad sale a flote, generando de esta forma una desmitologización en torno a las disciplinas y nace la idea de trazar puentes que comuniquen a unas con las otras; no obstante, aun cuando su desarrollo motivó el tratamiento de la sociedad de otra manera y de forma “holística” (si se nos permite el término), este esfuerzo fue insuficiente, puesto que antes de articular conocimientos, lo que se logró fue la suma de conocimientos: un cruce de disciplinas para el estudio de un objeto en particular.

No lejos de esta construcción y del proyecto de la interdisciplinariedad podemos ubicar el de transdisciplinariedad como el fenómeno desde el cual el punto cero es cuestionado, y esto empieza a emerger solamente con el debate de la posmodernidad y con la irrupción del posestructuralismo en las ciencias humanas (Cfr., Castro-Gómez, 2003: 10). Su avance está en considerar que el conocimiento debe ser articulado, lo cual desafía la postura de la interdisciplinariedad y muestra la coexistencia de yuxtapuestas y disímiles posturas teóricas y de que las observaciones son legítimas independientemente del punto de vista donde se ubiquen. Con esto, lo que realmente logra el debate posmoderno y posestructuralista es impugnar la idea de verdad y considerar la puesta en marcha de un proyecto conjunto, no por disciplinas y objetos de conocimiento sino por problemas.

Por otro lado, más allá de lo que puede pensarse respecto a los peligros de la transdisciplinariedad, buscando deslegitimar lo expuesto, es un presupuesto y un malentendido; por el contrario, la visión transdisciplinaria aboga por la fuerza de cada una de las disciplinas, pero mediando para que saberes modernos y tradicionales sienten las bases para la validación y articulación de problemas conjuntos y concomitantes, pues ya se empieza a entender que la realidad social no puede agotarse en la teoría, pues necesita de otros discursos que se sumen a su comprensión.

Lo interesante de la transdisciplinariedad es reconocer la complejidad de los problemas y la multidimensionalidad al que están estos abocados; por ello se ha llegado a hablar de teorías “sin disciplina”, tratando de ver el conocimiento y su producción como tejido interdependiente al estilo de una red, una construcción que de forma dinámica articula unas cosas con otras, ese es el paradigma y la forma como aprehendemos el conocimiento los seres humanos, partiendo de la articulación de ideas y de pensamientos.

Las últimas décadas se han caracterizado por el auge de los estudios superiores y de la investigación; esto ha supuesto una competencia muy fuerte por puntear en estos campos. Índices para medir esta competencia son la bibliometría (volumen de citas en artículos científicos), los ránquines de universidades, la evaluación de la investigación y la financiación de proyectos.

En este contexto, y desde el presupuesto y desarrollo de la maquinaria neoliberal y de este fenómeno como parte de la globalización, las universidades han incursionado con mucha fuerza en la carrera por ampliar la oferta de sus programas y estar a la vanguardia del mercado, haciendo equiparable el conocimiento con el concepto de mercancía, propendiendo por hacer efectivas las demandas de la sociedad del conocimiento, y ofreciendo como valor de cambio aquello que puede ser útil. He ahí el mayor de los retos de la universidad: hacer posible que los problemas de la complejidad no solo sean demandados por el mercado, sino por la sociedad y las múltiples realidades en tiempos de la Revolución Tecnológica.

